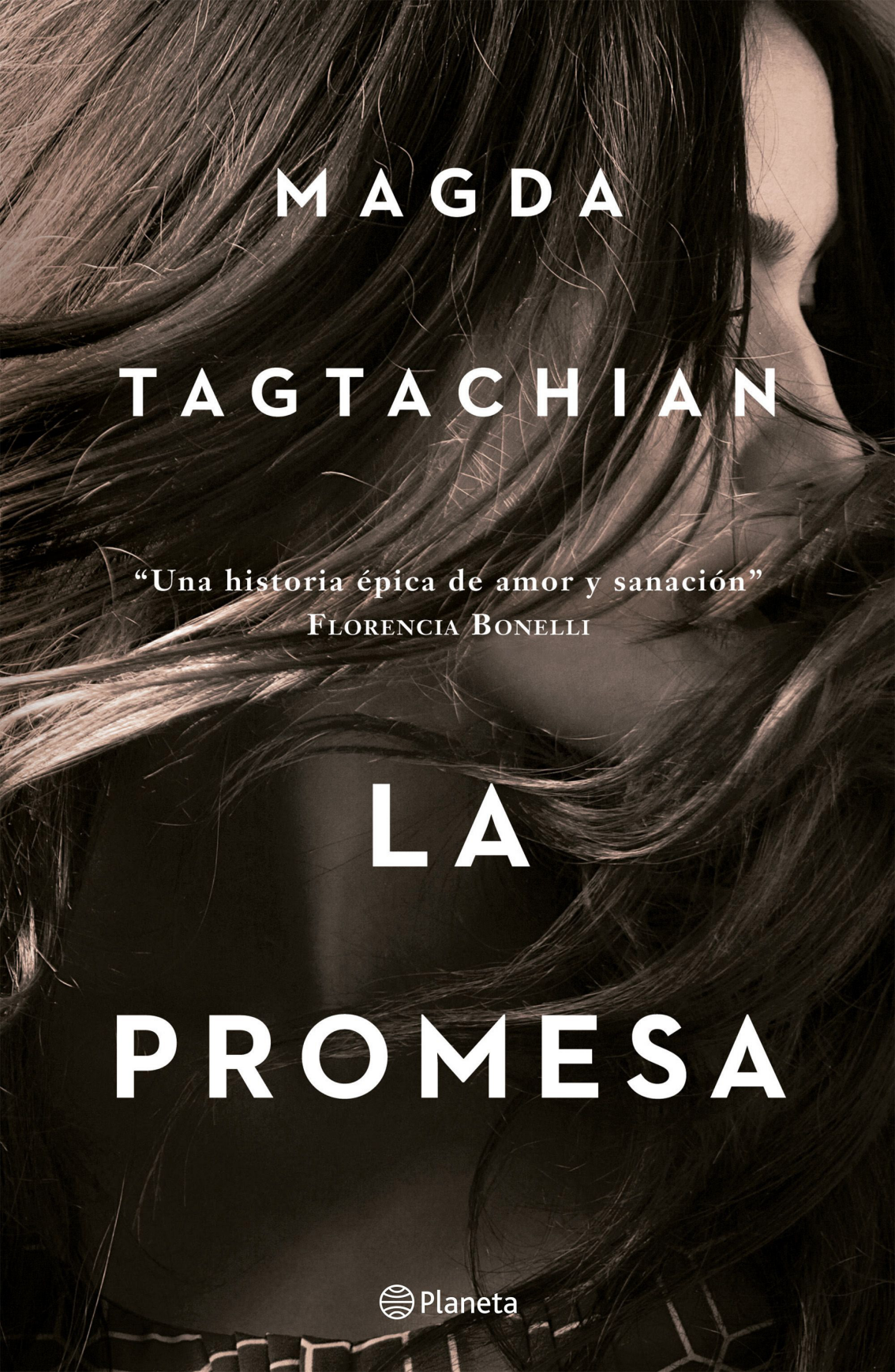




MAGDA
TAGTACHIAN

“Una historia épica de amor y sanación”

FLORENCIA BONELLI

LA
PROMESA

M A G D A

T A G T A C H I A N

LA

P R O M E S A

CAPÍTULO I

El duelo jamás pensado

Solak, Armenia, fines de noviembre de 2022

Clareaba y el canto de los pájaros surcaba el bosque frío. Se colaba entre las ventanas anunciando el invierno. Sherry se focalizó en el haz de luz filtrado por la ornamenta soviética. Respiró el olor de la piel de Alma mezclado con el de la naturaleza de Solak. Habían llegado por unos días a esa casa de campo en la provincia de Kotayk, a una hora y pocos minutos al noreste de Ereván. Los abuelos de Nané la habían «comprado» durante la década del setenta. En realidad, en aquellos años, todas las propiedades pertenecían a la Unión Soviética.

El chalé de piedra toba y madera había significado un lujo cuando la mayoría no tenía calefacción ni alimentos. Quienes poseían estas casas, en general formaban parte del politburó, la «burocracia política» del Comité Central, o de la KGB, la secretaría de inteligencia soviética.

La prima de Alma evitaba hablar de esos años. Su idiosincrasia se había moldeado en ese ambiente de contradicciones y, con el tiempo, fue creando otras necesidades en su corazón. Lo opuesto a Alma, que había nacido y sido criada

en Massachusetts, con las libertades de Occidente y con la marca de origen de un genocidio. El tiempo había obrado. Con cuarenta y dos años Nané y cuarenta y siete Alma, ya no eran las mismas. Nané había ayudado a Alma a conectar con la armenidad más profunda y volver a enraizarse. Y Alma había animado a Nané a descubrir el hilo de la libertad y el deseo.

La propuesta de la prima no fue casual. Había insistido para que Alma y Sherry pasaran algunos días en el ensueño de Solak. Aunque la pareja aún no había cumplido un año y medio de casados, atravesaba una fuerte crisis. Tal vez en los montes regados por el olor de los pastizales quemados y sus enigmáticas laderas, entre los frutales que peleaban por no extinguirse con las bajas temperaturas, pudieran revivir. Volver a florecer, encontrar la paz y quitarse la furia en que los había sumergido el destino: la partida repentina de su hijo Antranik. «Muerte súbita», había declarado el médico cuando llevaron al bebé frío a la guardia después de celebrar su cumpleaños número dos. Los globos azul brillante, la torta de cumpleaños, el mantel con las servilletas llenas de autos como sus juguetes habían quedado detenidos, del mismo modo que sus vidas.

La casa de Sarmen Street, en Ereván, que les había dejado Hovhannés, el padre de Antranik, olía a esa familia primaria que no pudo ser. El hombre había enviudado ni bien lo llamaron al frente en 2020. Como reservista, debió marchar a defender el suelo ancestral armenio, la República Autónoma e Independiente de Artsaj. Zabel, la madre del niño, falleció de un ataque al corazón apenas su esposo se enroló. En las trincheras le había pedido a Sherry que cuidara del bebé, si le tocaba partir.

En Solak, un pájaro trino. El viento movía las ramas que proyectaban sombras en la cortina de *voile* bordada. Sherry estiró la mano hacia el cuerpo tibio de Alma, que dormitaba de lado, dándole la espalda. El médico sintió cómo se erizaba y se vigorizó ansiando fundirse con su esposa. Habían discutido la noche anterior. Subían el tono por cualquier excusa, vivían irritables. Se habían ido a dormir enojados, ya no distinguían si era el dolor, la rutina o la tristeza. Y Antranik no estaba más para aligerar esa boca de lobo.

Sherry atrajo hacia sí la espalda de Alma y se pegó a ella. Esperaba la reacción de su esposa a su estímulo de hombre. Alma lo dejó hacer, sin emitir sonido y sintió una corriente en el bajo vientre, que mezclaba deseo y angustia.

El *iorgán*, la manta de algodón cosida a mano por las abuelas, era lo suficientemente pesado como para que durmieran sin ropas. El velador con ornamentación barroca que proyectaba sombras en la habitación había llegado a la mesa de luz luego de un canje en el mercado negro. Una ninfa envuelta en géneros formaba el pie de porcelana. Sherry recorría los vaivenes de Alma como las curvas de la diosa griega. Obedecía al cuerpo, atento a los gemidos que arrancaba mientras acariciaba sus tibios pechos. La excitación crecía con el ondular de la espalda, las caderas anchas y sus dedos que buscaban la entrepierna. Tal vez, acunados por el silencio, fuera el momento para despedirse del dolor o expresar lo que hacía tiempo no se confesaban. Ella jadeó. Él pasó su brazo por su torso y aferró su mano mientras Alma se dejaba penetrar por detrás. Lo sentía

dentro suyo con fuerza, los cuerpos acompasados en una danza imperiosa de furia.

Sherry la sostenía y se hundía, apretándose uno contra el otro. Fundían el sudor en un conjuro que quizá limpiara sus zonas oscuras. El doctor comenzó a moverse más rápido y Alma alcanzó el clímax lanzando otro gemido más agudo. Él se concentró para prolongar el placer, ese paréntesis en que el mundo se suspendía y los cuerpos se imantaban, sin importar qué ocurriría después. Dejar de pensar. Gozar, aunque terminaran llorando. Exhalaban juntos cuando Sherry se derramó sobre ella y la cobijó con su pecho pegado a su espalda. Le besó los cabellos revueltos, respiraron agitados y, cuando el aire se calmó, las lágrimas de ambos mojaron aún más el colchón.

Pegoteados por los líquidos de sus cuerpos, Sherry envolvía con sus manos la fina cintura de Alma. Despejó las ondas castañas y la besó en la nuca.

—Tenemos que hablar —dijo, y Alma intuyó que el mundo podía derrumbarse otra vez.

—Preparo unos huevos con el café —respondió ella mientras un nudo se instalaba en su garganta. Unos segundos después, se incorporó. Sentada en la cama, paseó los ojos por las paredes empapeladas con guardas barrocas y floreadas de la época soviética. Intentó tomar la manta para envolver su desnudez.

—Acércate, Alma armenia. Te quiero sentir un poco más —pidió Sherry.

La tregua duró poco. Sin mirarlo, Alma se puso de pie. Sherry recorrió con la vista el cuerpo de su mujer. La cabellera bajaba desordenada hasta la mitad de la espalda, dejando libre la cintura, las caderas que prolongaban la curva

y el trasero redondo que no había perdido tensión a pesar de la delgadez y las piernas contorneadas, que a ella acompañaban y a Sherry fascinaban.

Revolvió la ropa en el piso, tomó el buzo y el pantalón, y dejó caer la manta. Su marido se detuvo en los pezones rosas y puntiagudos rozando el género. Sherry se excitó sin apartarle la vista mientras ella salía del dormitorio. Escuchó sus pasos en la escalera. Con cada peldaño crujía su vida. Y la de ella.

¿Cómo habían llegado a ese punto? El desenlace de Antranik había sido la estocada final. En una semana y media se cumplirían los cuarenta días y podrían realizar el *hokehankisd*, la ceremonia religiosa para que su alma se elevara.

En medio de la marea, Hovhannés se le aparecía en sueños.

—Sherry, camarada, trae a nuestro hijo a Artsaj. Mi esposa y yo necesitamos reencontrarnos con Antranik —clamaba su voz.

—¿De verdad me pides que lo llevemos? —preguntaba Sherry en ese velo difuso entre la conciencia y el subconsciente.

—Sí, debemos estar los tres juntos, hermano... Tú lo entenderás.

Sherry despertaba conteniendo el llanto. No se lo había contado a Alma, pero ya no podía retener esa voz. ¿Su voz? ¿La de Antranik? ¿La voz de Hovhannés? ¿La suya? ¿La voz de las almas? Giró sobre la cama y resolvió plantárselo.

Alma y él lo habían cuidado y querido como sus padres, durante un año y medio, tras adoptarlo con seis meses. Pero la lucha de Artsaj siempre rugía más. Quizá nece-

sitaran dar ese paso para sanar. Para reconocer que ambos estaban distintos y distantes.

* * *

Alma entró en la cocina pequeña ubicada junto al único baño de la casa. El chalé de dos plantas guardaba una historia que desconocía, pero que percibió desde que Nané los había llevado a Solak.

Se envolvió en el tejido turquesa que descansaba sobre el arcón, a la vez que pensaba en el contenido del cofre. Puso la pava de loza sobre el calentador. Junto a la ventana, miró la mesa donde descansaba el *yezvé*, aquel jarro estañado de cobre para preparar café oriental. La casa estaba amoblada, y hasta con la vajilla completa, pero todo cubierto de polvo. Cuando abuela Berjouhi falleció, Nané y la familia dejaron de frecuentarla.

Alma se percató de que Sherry demoraba en bajar. Tiritaba de frío y lo esperaba para encender el hogar. Esa hacienda era el único lugar donde no resonaban las risas y berrinches de Antranik, ni tropezaban con sus juguetes, obligándolos a levantarlos para que él volviera a arrojarlos.

Las pisadas de Sherry sonaron en la escalera y Alma tomó con prisa el abrigo del perchero. Abrió la puerta y salió al patio para buscar las provisiones que dejaban bien alto: lácteos que necesitaban frío y resguardo de los animales hambrientos. Sherry observó cómo Alma extendió piernas y brazos para alcanzar el dintel, pero se hizo el distraído hasta que ella entró con la manteca y demás alimentos. Atinó a besarla, pero su boca terminó en las mejillas.

—Buenos días, amor —dijo el doctor.

Su esposa contestó «*Parí luys*», pero no le sumó ni «mi amor», ni «*sirelí*» —«dulce»—, ni ninguna de las palabras cariñosas que antes se prodigaban.

Alma se frotó las manos intentando alejar el frío. Se movían mecánicamente. Él se arrimó al hogar y ella lo espió sin que lo advirtiera. A juzgar por cómo echaba los leños con fuerza y los movimientos del puntal de hierro con el que azuzaba el fuego, entendió que Sherry desbordaba de bronca.

Alma regresó a la cocina asumiendo la tristeza con algo de resignación. El calentador no alcanzaba. Lo acercó al hogar para que los leños obraran. Serviría a Sherry el café y prepararía para ella el té de *urdz* y *naná* —tomillo y menta silvestre— que Nané le había entregado en un frasco bien cerrado junto con el dulce de cerezas casero.

Seguían bien provistos, también, gracias a la vecina Kariné, que los había llenado de manzanas verdes, rojas y amarillas, dulce de moras, leche y *madzún*, el consistente yogur armenio. Pero antes, se había asegurado de indagar quiénes serían los nuevos vecinos. La prima Nané le había explicado que el matrimonio de Alma y Sherry había perdido su bebé, un huérfano de Artsaj. El argumento bastó para que la mujer se ocupara de ellos sin cuestionar, aunque cualquier intimidad o chisme siempre sería bien recibido y retribuido con más comida.

* * *

Llevaban diez días en Solak y, sin embargo, Alma y Sherry no habían podido recomponer el lazo. El médico de guerra que había conocido en Raqqa, ayudando a las y los combatientes de Rojava, al noreste de Siria, había quedado atrás.

Él no le dedicaba suficiente atención, ni la cuidaba ni le tenía paciencia. Para ella, incluso, Sherry había perdido hasta su sentido del humor. El viaje por la Armenia histórica —Alma se resistía en llamarla «Turquía»— los había terminado de unir y enamorar, justo cuando él decidió enrolarse voluntariamente para combatir en el frente de Artsaj. A su regreso de esas trincheras donde pasó cuarenta y cuatro días con sus noches en 2020, sus vidas se unieron por completo, con proyectos y una misión muy clara: cuidar de Antranik. Pero jamás imaginaron su repentina partida. Y aunque intentaran mantener la pareja en pie, ya no eran los mismos.

Sentada junto a él, frente al fuego, las llamas iluminaban sus mejillas, acentuadas por el tibio sol. Si dilataban la cuestión, regresarían aún más frustrados. Al día siguiente, el doctor debía presentarse en el trabajo, la clínica Nairig, la misma donde otros médicos habían curado a Alma años atrás, luego de su cautiverio en Azerbaiyán. El tiempo se había terminado y parecía que pronto se sumirían en el tedio habitual. Alma volvería el lunes a la computadora tratando de escribir una nueva novela sin inspiración. Extrañaba a Antranik y no quería culpar a Sherry. Los pensamientos la enredaban. Se sentía muerta en vida.

—Suéltalo, Alma. —Sherry terminó el café y dio el primer paso.

Ella tomó la taza de cristalería checa donde flotaba y se humectaba una rosa. Ni siquiera esa danza detenía sus lágrimas.

—No podemos seguir así, debemos hablar de nuestra pérdida —dijo Sherry y se acercó buscando un abrazo que ella rechazó.

—De Antranik, querrás decir —subrayó Alma y Sherry bajó la vista—. Ni siquiera puedes nombrarlo. Tratas con pacientes todos los días en el hospital y parece que vives anestesiado.

Alma se tapó la boca. Había sido hiriente. Los panes con manteca y el dulce de cereza quedaron en la bandeja sin que ninguno los probara.

—Estás distante y fría —soltó Sherry.

—Lo hemos intentado. Pero nunca imaginé que nos pudiera pasar... —admitió ella y se detuvo. No podía nombrar lo que había sucedido—. Solo me pregunto por qué. Creí que seríamos felices y que formaríamos una familia —completó.

—Somos una familia. Podemos hacerla aún —intentó Sherry.

—Niegas la realidad. Convives con la muerte.

—Basta, Alma. Dime qué pretendes. ¿Quieres que me vaya?

—Nunca dije eso —contestó, pero faltaría a la verdad si no admitía que fantaseaba con vivir sola en esa casa, encerrarse a escribir, convertirse en una escritora campesina, una mujer armenia, pero armenia de Armenia. No armenia de Occidente, como siempre la verían las vecinas. Se distrajo con ese sueño que le parecía real. La casa tenía tres habitaciones y un escritorio en la planta alta. Abajo, contaba con un espacioso salón que integraba la zona de la chimenea, junto a la cocina y el baño. Además, la galería, el guardaleña y el horno de pan afuera, en el patio, y el barranco con vistas al bosque. Su ilusión armenia en Armenia. Cerraba los ojos y no veía a Sherry en esa escena.

El hombre que cruzaba su imaginación no coincidía con su marido. Se había instalado en su retina la mirada del arquitecto. Ese extraño con aspecto de leñador, metro noventa que enmarcaba un rostro anguloso, había visitado a Kariné el día anterior. Acudía a controlar los paneles solares. Alma se interesó. Si se quedaba en la Solak de los cielos anaranjados y la bruma, aquellos artefactos serían una buena opción. Muchas casas ya los habían adoptado en Armenia. Debería hablarlo con Nané. Se sorprendió al notar que había demorado sus ojos en los del arquitecto. No sabía siquiera su nombre o su historia. El cabello castaño rojizo, la barba y unas patillas largas le conferían un aspecto exótico y personal. De los bolsillos del pantalón estilo cargo sobresalía un metro plegable de construcción, y la camisa escocesa caía desprolija por fuera. El arquitecto se movía seguro en sus borceguís. Alma lo escuchó hablar en armenio occidental, la lengua de la diáspora. ¿De dónde habría salido? Le calculó su misma edad, quizás un poco más, y buscó si sus manos llevaban alianza. Enseguida Kariné invitó a Alma a retirarse, cuando advirtió que demoraba sus ojos en los del vecino y este, a su vez, en la esposa de Sherry.

Alma evaluó si sería malo fijarse en otra persona. «¿Dónde quedará la casa del arquitecto? ¿Podré encargarle los paneles solares?», se preguntó. De pronto sacudió la cabeza: «¡Alma, no vives en Solak!».

—¿Nos vamos a hacer los distraídos? —la increpó Sherry.

—¿De qué hablas? —contestó ella.

Sherry había leído su mente. Su marido, tal vez, la estuviera induciendo a manifestarse e, incluso, a tomar una decisión de pareja.

—Con nuestro amor, ¿de qué estamos hablando? —subió el tono.

—La rutina entre nosotros cambió antes de Antranik —lanzó Alma.

—¿Por qué lo mencionas? —emprendió Sherry y eligió obviar lo de «rutina». En esa palabra, su esposa incluía el pronto desvanecimiento de la intimidad de la pareja.

—¿Me reprochas? ¿Hablas de la partida de Antranik? —lo increpó, aunque podría haber dicho también «la partida de nuestro amor».

—Quizá necesitemos un tiempo —propuso Sherry.

—Eso dicen las parejas cuando uno de los dos quiere separarse —devolvió Alma.

—Intentemos bajar el tono... —Sherry iba a decir «de la discusión», pero se detuvo y cambió—: de esta conversación. Los duelos llevan tiempo. Lo hemos hablado. Estás mezclando todo —concluyó y se peinó las canas con las manos en un intento por dominar los nervios.

—Le arrebatamos la vida a Antranik. No se lo merecía. —Alma se estremeció en la silla, hundió la cabeza entre las piernas, se tomó la nuca con las manos y empezó a llorar.

—No te echas más culpa. —Sherry se acercó, la tomó por la barbilla y suavemente intentó que levantara la cabeza—. Mírame, por favor —insistió y le alcanzó su pañuelo blanco de tela.

Alma le clavó los ojos un instante; luego, tomó el pañuelo, lo estrujó en sus manos temblorosas y comenzó a sonarse la nariz con fuerza. El moqueo arrojaba más furia y dolor. Sherry se doblaba ante esa imagen y, aunque su esposa no lo miraba, continuó:

—La muerte súbita ocurre. No hay culpables.

Sherry la abrazó cuando el pecho de Alma subía y bajaba con hipo y un llanto catártico amenazaba con dejarla sin respiración. Luego de un rato, pensativo, al fin expuso:

—Los restos de Antranik deberían descansar en Artsaj, junto a los de sus padres. Nosotros lo cuidamos, hicimos todo por él —dijo.

—También fuimos sus papás, Sherry. Siempre lo seremos —le costaba entender y más aún aceptar la idea de su marido.

—Todavía podemos rearmarnos como familia —completó él.

—Sherry, ya no tengo edad para ser madre. Cada niño es irremplazable. Tú podrías ser padre con cualquier mujer... —atacó y se detuvo abruptamente.

—Solo te hieres a ti misma.

Alma se avergonzó. Confiaba en su marido hasta que comenzó a sentirse insegura. La maternidad la distraía de la concentración que exigía su novela. No podía con todo a la vez. Desde la llegada de Antranik, Alma quiso pasar más tiempo con el bebé y con Sherry que con la escritura. El buen sueldo de su esposo más los ahorros que le había dejado tía Ani le hubieran permitido escribir y cuidar a su hijo. Pero lo que no podían hacer era revivir a Antranik. Tampoco sabía si podrían revivir la pareja.

—Tienes razón —concedió Alma.

—No comprendo.

—Antranik debería descansar en Artsaj. Pienso en Hovhannés y en su pedido —razonó Alma.

—Justamente. Es una idea que me ronda desde hace días y ahora Hovhannés se me aparece en sueños.

Alma lo miró durante un largo rato.

Sherry se levantó y dio unos pasos por la sala. Las maderas chirriaban como su interior. Regresó junto a Alma.

—Sí, aunque no lo creas.

—Te creo.

—Tampoco quiero alejarme de él y de su morada en Ereván, en el panteón de Yerablur. Pero mi compañero de trinchera me pide desde el más allá reunirse con él y con Zabel. Descansar juntos en Artsaj. ¿No seremos egoístas si no respondemos a su llamado? A veces, creo que me volveré loco —bajó el tono y se le quebró la voz.

—¿Será posible el traslado de Yerablur a Artsaj? ¿El rito armenio contempla la exhumación? —planteó Alma, también con los ojos en lágrimas.

—Hablaré con el padre Manuk para que nos ayude a tramitar una excepción ante las autoridades de la Iglesia.

—No será fácil —contestó Alma.

—Puedo intentarlo. Tomaremos la decisión de la Iglesia como una señal del destino.

—En una semana y media tendremos el *hokehankisd* en Surp Gevork. Confío en que el padre Manuk nos ayudará —añadió ella.

—Justamente pensaba en él para que oficie la ceremonia y se eleve el alma de Antranik. Mañana lo llamaré. Sus oraciones en las trincheras nos daban fuerza. Hovhannés siempre le mostraba la foto de Antranik. Le hablaré también del permiso de traslado.

—¿Estás preparado para eso? —chequeó Alma.

El médico estiró el silencio y arrojó otro leño al fuego.

—Te lo he dicho. Evaluaremos cada señal.

Alma aceptó. En ese punto, Sherry se parecía a ella. El doctor sacudió la cabeza, se puso de pie y la miró.

—Ordenaremos la casa, arreglaremos el horno de barro y los leños para que todo luzca perfecto cuando Nané y Vartan lleguen por la tarde para buscarnos —organizó él. El trabajo aplacaba las emociones revueltas.

—Pediré a Kariné su cocina para hornear unos dulces. Nané adora el bizcochuelo. Jamás podría preparar una torta *gatá* como le sale a ella.

—¿Qué dices? ¡Si la cocina es tu fuerte! —bromeó Sherry.

Alma sonrió por primera vez. De pronto, se olvidó de que eran una pareja en crisis y de todo lo vivido en poco más de un año y medio: el matrimonio, la guerra, la alegría de la paternidad y la desolación por la pérdida de un hijo. Un duelo jamás pensado.